

empezaba a seducirla con la misma excitación con que, en la caza, apuntaba a la presa que acababa de saltar ante mí.

Por lo demás, en Madrid se me consideraba poco menos que un mecenas y protector de la cultura, gracias a la incesante actividad de mi mujer. A veces la acompañaba a algún concierto, aunque siempre he soportado mal el ambiente sofocante del patio de butacas del Real. Tampoco me ha hecho muy feliz el teatro, con ese crujido de tablas cada vez que los actores dan un paso en lo que se supone que es el comedor de su casa, y esa manera absurda de declararse a gritos el amor y los secretos para que puedan oírlos los espectadores de la última fila. Me parece artificial.

Casi tan artificial como los pasitos de puntillas que daban por el jardín las amigas de Eva, o como las exageradas inclinaciones de tórax y los besamanos a que se sometía el grupo allá donde se encontraba: en el vestíbulo del teatro, en el hall de un cine, en el recibidor de mi casa. Se habían visto el día antes y se sorprendían de volver a verse a la tarde siguiente, a pesar de haberse cursado invitación. Prefería, con mucho, mis viajes solitarios, o discretamente acompañado por el chófer, los buenos vinos, las cómodas habitaciones de hotel. O la incomodidad excitante de la caza.

Aunque antes he escrito acerca de mí como de una especie de cazador erótico, lo cierto es que, con el paso del tiempo, fui aficionándome al verdadero arte cinegético. A las primeras monterías, en los inmediatos años de la posguerra, asistí por compromiso: por cumplir con proveedores, o para obsequiar a clientes, pero pronto empezaron a atraerme, no tanto el ambiente ruidoso de esas reuniones, cuanto las madrugadas frías en el campo, las largas caminatas, el olor de la leña quemada, el silbido de las botas aplastando la escarcha, el crujido de las ramas secas. Empecé a salir por mi cuenta, y recorrí muchas comarcas de Castilla, Extremadura, Andalucía y Galicia. Contrataba a un batiador y me perdía con él en el campo durante semanas enteras. Sentía que aquella vida formaba parte de un mundo noble y natural que se me había escapado y que ahora podía permitirme capturar.

Después de que murió mi pobre Julia, una vez que esparcimos sus cenizas, fue como si me hubiera impregnado de la suciedad del sórdido depósito de cadáveres del poblacho marroquí adonde fuimos a recogerla. Durante días sentí esa suciedad, sin poder librarme de ella. Me lavé en un baño de pólvora, saliendo de caza y disparando mi Sarrasqueta hasta quedarme sor-do. El olor de la pólvora se me metió en la

nariz, en la boca, en el cerebro, empapó la ropa y me libró del otro.

No fue la única vez. En la caza borré muchas angustias y preocupaciones, me lavé de sentimientos que deseaba rechazar. Por eso quise tantas veces transmitirle su belleza a Roberto, despertar en él la afición de ese arte que tanto puede ayudar a alguien frágil, y discutí con Manuel para que lo dejara venirse conmigo, pero Manuel considera la caza como una actividad destructiva y cruel, y nunca aceptó que el muchacho presenciase lo que define como «masacres». Ha preferido que su hijo se haga la ilusión de que la carne es un producto que alguna máquina fabrica y luego los operarios envuelven en paquetes de plástico.

Ese huir de la verdad ha caracterizado siempre su trayectoria. Nunca ha querido saber que la vida es una confusa mezcla de violencia y piedad y que los campesinos matan para comerse a los animales que más quieren y que su amor se manifiesta en el momento del sacrificio, de la matanza, con una alegría inocente. Saben que ese animal que les ha alegrado la vista durante meses ahora les alegrará el estómago y le dicen palabras amorosas mientras proceden a desollarlo.

A mí, la caza me ha puesto en contacto con esos sentimientos primarios, hasta el punto de

que, mientras Eva se moría en el hospital, llegué a pensar en cazarme yo mismo, poniéndome un fusil contra el pecho. Creo que fue la reacción noble de un animal que se sentía perdido, pese a que acabara venciendo mi parte más humana, más racional, que no sé si es exactamente la mejor, aunque sí la que me ha obligado a seguir viviendo, a pesar de que ya no me quedan demasiadas ganas. He buscado el apoyo en las muletas de la religión y también en una imagen de mí mismo que no he querido romper. Mi acto no hubiera sido cobardía, bien lo sabe Dios, pero podría haberlo parecido, y eso yo no lo hubiera tolerado. (Le pido a Él perdón por escribir estas palabras, aunque creo que no verá necesario perdonar a quien dice la verdad.)

«... Burdeos me pareció una ciudad sobreco-
gida entre sus edificios de piedra. Allí todo se
entregaba al silencio: las columnas grises, el
cielo encapotado, los árboles que fueron per-
diendo sus hojas, el agua rojiza bajo el puente.
Después del impacto que me produjo la sustitu-
ción del entorno familiar y mediterráneo por
aquel de piedra y silencio, se inició en mí una
larga etapa en la que fui cambiando el gusto de
los paisajes inmediatos, táctiles, de los colores
violentos y los ambientes ruidosos, por el apre-
cio de los tonos intermedios, del silencio y de
una cierta distancia con respecto a los objetos y
a la gente. Digamos que dejé de ser el niño que
alargaba el índice para tocar todas las cosas y
que empecé a entender que hay una belleza o
un sufrimiento que conviene mantener alejados
de nosotros.

»Quizá es la herencia que ella ha querido

dejarme y que sólo con el tiempo he ido reconociendo. Paseos por Rouen, excursiones a Honfleur, largas caminatas por París, tristeza invernal del Bois de Vincennes, tardes de lluvia en la Place Quinconces. Su ideal de vida ha sido el recogimiento de la niebla, la lluvia vista desde el interior de un café en el que se habla en voz baja. ¡Cómo tuvo que sufrir en aquella España franquista y estridente en la que todo se resolvía entre alaridos de exaltación o de condena bajo un sol restallante! ¡Qué sola y vacía tiene que sentirse ahora en la habitación de la clínica, por muchas flores, regalos y chismorreos que le lleven los amigos!...

»... Cuando regresé de Francia e ingresé en la Universidad de Madrid, mi padre y yo ya hablábamos dos idiomas distintos, condenados a no encontrarse nunca. El tiempo no ha hecho sino separarlos más: mostrar que son irreconciliables y que sólo pueden desarrollarse en direcciones divergentes. Es algo que él nunca aceptará con respeto. Ni siquiera se esforzó en entender que a un adolescente no le interesara para nada su retrógrado grupo de amigos, voceras diurnos de la beatería familiar y practicantes nocturnos de la vulgaridad.

»Él hubiera querido asociarme a su empresa, a sus absurdas correrías, a sus copas en El Abra a la salida de la oficina. Y yo, sin embargo,

me reunía con tipos que vestían pantalón vaquero y se dejaban crecer descuidadas barbas y melenas, hablaba de Pudovkin y Antonioni, escuchaba Sergeant Peppers, llevaba libros de sociología y panfletos en la cartera, y acabé en la cárcel, aunque por pocos días, claro está, porque removió todas sus influencias para conseguirme enseguida una orden de libertad.

»Aún hoy me cuesta perdonarle aquella vergonzosa salida mientras los otros cuatro compañeros que habían sido detenidos conmigo continuaban en prisión. "Guárdate tus recomendaciones", le dije, "déjame hacer mi vida, correr mis riesgos", y él me llamó imbécil y me obligó a firmar ante un comisario amigo suyo un papel por el que me comprometía a cambiar durante algunos meses Madrid por un destierro en Misent.

»Mientras regresábamos a casa en automóvil, me dijo: "No estoy dispuesto a que un idiota tire lo que yo he ganado con el esfuerzo de muchos años. Ten en cuenta que todo lo que sabes, incluidos ese Lenin y ese Mao, lo has aprendido gracias a mi trabajo." En todas las ocasiones, la recriminación de que los demás hemos despilfarrado lo que él ha amasado. Y yo no creo que se refiera exactamente a dinero, sino a todo un proyecto, a una manera de entender la vida que, claro está, necesita del dinero para sostenerse, y Julia despilfarró su proyecto

agonizando estúpidamente sobre una duna, y yo con mi militancia comunista de juventud y con un matrimonio condenado al fracaso, como acaba de demostrarse, y su mujer lo ha despilfarrado guardando en el secreter una docena de cartas de amor del doctor Beltrán que él ha encontrado, dice que por casualidad, pero yo creo que después de husmear por todas partes, y de forzar la cerradura del mueble. No se las puede perdonar, seguramente porque no puede perdonarse a sí mismo...»

Releo el cuaderno de Manuel y me convenzo de que jamás ha querido aceptar la realidad. Pero no voy a responderle aquí. Estos papeles no tienen como objetivo llevarle la contraria. Es probablemente demasiado tarde. Como él dice, cada cual su lenguaje, su camino. Claro que su madre tampoco aceptó nunca nada que no llevase encima una capa de maquillaje. Lo natural la molestaba, le parecía que la ataba al mundo inferior. En todos los años que pasamos juntos, nunca toleré que yo entrara en el cuarto de baño cuando estaba haciendo sus necesidades y tampoco podía soportar que la viera depilarse, aunque a mí era una actividad que reconozco que me excitaba, tal vez por ser tan exclusivamente femenina. Incluso el desagradable olor de la cera hervida despertaba fantasmas en mí.

La artrosis que le deformó las manos mostraba la fragilidad de su empeño por alcanzar la perfección, por no hablar de la terrible imagen de la enfermedad en los últimos momentos. También tenía que ver con esa voluntad suya de separarse de lo que consideraba bajo, animal, el hecho de convertir las comidas, incluso las más íntimas, en un acto social.

En Manuel pueden verse, aunque dirigidos a otro orden de cosas, rasgos idénticos. A él, hablar de dinero, de negocios, de rentabilidad, cuando ya tiene un estudio propio y hace proyectos de muchos millones, le sigue produciendo una sensación desagradable. Siempre encuentra una coartada para que sus trabajos se relacionen con el bienestar público, con alguna tarea social: proyectos de viviendas para algún ayuntamiento, de parte de un pabellón para la Exposición Universal, diseño de una plaza en Barcelona, de una sala de audiciones en Valencia, siempre a la sombra del Estado patrón. Es verdad que los nuevos tiempos lo permiten y que hoy se habla de rehabilitaciones, remodelaciones, o diseño de espacios, y no, como tuvimos que hacer nosotros, de obras y negocios. Me molesta esa hipocresía que oculta el nombre de las cosas, como me molesta terriblemente esa palabra que tanto utilizaba Eva: «zafio», «zafiedad». Hoy, los grandes chollos, lo que no

sotros definíamos como «una perita en dulce que no se puede perder», se disfrazan de proyectos artísticos o sociales y llamarlos por su nombre es «zafiedad».

Esa doblez suya fue causa de permanentes fricciones entre nosotros, incluso cuando ya se había instalado por su cuenta. Si yo le decía, «pero ahí vais a ganar un montón de dinero», se enojaba, se ponía nervioso, en especial si en la conversación estaba presente alguno de sus conocidos. Me respondía: «Pero, papá, no se trata exactamente de eso.» Y ese «exactamente» era para mí la sospecha de su doblez. Esa sonrisa infantil, inocente, con la que me comenta lo bien que estará pasándolo la pobre Julia en el campamento de verano, cuando él sabe que no está allí, que se ha ido a Marruecos, y a lo mejor a esa hora ya se la llevan en jeep de un poblacho a otro, a través del desierto, y se está muriendo.

A la sonrisa alegre sigue el nerviosismo, la necesidad de hacerse perdonar porque le he descubierto la mentira. El tardío gesto de sufrimiento. La inocencia de ellos, su vivir en el espacio de la poesía que Manolo reclamaba para todos. A veces me ha dado por pensarlo. Uno se ensucia para evitarles a los hijos que tengan que hacerlo, y ellos estudian idiomas, escuchan música, conocen las playas de Nor-

mandía, llevan jerseys de cashemir y pasan sus vacaciones en cualquier país exótico, y entonces empieza a dolerte esa inocencia que has cultivado, porque es la que los está alejando de ti.

Eva sabía recrear la inocencia cada vez que la convertía en cenizas. Tenía esa capacidad de olvido y recuperación: dejaron de existir los primeros meses en la pensión de la calle de la Cruz, las estrecheces, las noches sin cenar. Para no tener que mirarse en él, estrelló contra el suelo el espejo de Ort y lo rompió en mil pedazos. Los recuerdos, los espejos, las fotografías se convierten en testigos. Por eso, la humanidad se ha inventado el estudio del retratista, donde uno puede alquilar los trajes, el caballito de cartón, la butaca, la maceta con la kentia y el paisaje pintado del fondo, que todo lo igualan y que ponen la memoria en un espacio ideal: el inocente espacio de la poesía en el que quería vivir Manolo.

Y digo, «mi pobre Julia», y no sé si es mía o les pertenece a ellos. Sé que aún después de muerta la quiero, pero también me gustaría saber que no tengo que perdonarla, y de eso no consigo cerciorarme. Me duele el espejo de su inocencia en el que me miro y me descubro engañado. No, la verdad es que nunca imaginé que me ocultase nada. «Papá, no se te ocurra

comentarle ni una palabra de esto a mamá. No me fio un pelo de ella», me decía. Siempre, a todas horas. Me consultaba, me enseñaba las fotografías de los chicos que le gustaban, me pedía parecer. «No se lo digas a Manuel, que se lo cuenta todo a ella.» Sé que no era una relación normal; que las hijas tienden más a refugiarse en sus madres. Pero yo siempre pensé que en su caso ese desapego que parecía sentir por Eva resultaba explicable, porque tenía que verla como a una rival, con su belleza altiva y su elegancia; con su ironía que a veces hacía daño, con su afán de protagonismo. Eva se burlaba de los vestidos, de los turbantes, de los zapatos, de los peinados, de los colores de uñas y labios que Julia elegía.

Cogía la prenda entre las manos, la palpaba, la estrujaba, la apartaba un poco para mirarla desde cierta distancia, le decía: «Pruébatela», y cuando veía aparecer a la pobre Julia con la prenda puesta, sonreía y preguntaba: «¿A ti te gusta?», para concluir «pues a ti es a la que te tiene que gustar.» Así nos dábamos todos por enterados de que a ella le parecía espantosa. A Julia le molestaban especialmente los retoques que daba a su vestuario cada vez que se cruzaba con ella por la casa, sin importarle la presencia de extraños. «A ver», le decía, y le daba un tirón al jersey, o le subía el tirante del vestido. «A

ver», repetía después del zarpazo, «algo mejor sí que está.»

Por las mañanas, mientras desayunamos, le veo las piernas, los pechos descuidadamente guardados en el albornoz. Por las tardes, las curvas de sus pantalones vaqueros. Ha heredado la piel de su madre, frágil y tersa. Cualquier roce le deja huella. Ha heredado también algo de mi energía. De mi capacidad para cortar una conversación que no me interesa, o para levantar la voz cuando creo que llevo razón. Le noto esa energía incluso en la forma de caminar, de moverse. Es menos delicada que Eva, menos sigilosa. Quizá únicamente a causa del vigor de su juventud, o porque su generación ha cambiado el modelo de comportamiento femenino. No sé. Sólo sé que, de repente, ya no está. Que sus palabras se las ha llevado el viento y que yo soy el único de la casa a quien ha ocultado sus pequeños secretos. Y cuando Eva se presenta inesperadamente en la oficina y se queda delante de mí, llorando, y luego me abraza, me parece que estamos representando una obra de teatro y que el mobiliario y las cortinas y los archivadores y nosotros mismos somos de guardarropía.

En medio del dolor, me llegan relámpagos de ira. Cuántas veces le he dicho a Eva: «Tú es que no conoces a Julia», y ahora está delante de

mí explicándome que soy yo el único que no conoce a Julia. Me pesan sus brazos rodeándome. Me siento en una butaca para apartarme de ellos, y me pone la mano sobre el hombro, y también esa mano me pesa. No quiero que me acompañe a Marruecos a recoger el cadáver. «¿Para qué vas a venir?», le digo; «quédate aquí, que es donde haces falta. A la pobre Julia ya no le vamos a arreglar nada.» Pero, en realidad, no quiero que venga para no verle los ojos llenos de lágrimas, para que no tenga la oportunidad de volver a abrazarme en esos próximos días dolorosos. O, a lo mejor, porque necesito saber algo de Julia de lo que ella nunca va a poder enterarse.

Lo pienso asomado a la ventanilla del avión mientras pasan abajo los colores ocres, las heridas azules del mar. Y también cuando recorro en automóvil los áridos paisajes del Atlas, los palmerales polvorientos, los lugares pedregosos. Rescato para mí las últimas imágenes que se llevaron sus ojos, los últimos olores que la envolvieron: el de los excrementos, el de la leña quemada, el de las especias. Al paso del coche, vuelven la cabeza los pastores y grupos de niños se acercan a la carretera corriendo y me imagino que a lo mejor son los mismos que se volvieron para mirar el jeep en el que ella hizo su último viaje. Nos detenemos en un barracón al

borde de la cuneta para tomar un refresco y tengo la certeza de que también ella se detuvo allí, de que queda algo suyo entre las mesas sucias del local. En el depósito de cadáveres, pido que me abran el ataúd y recojo su último secreto.

Julia ya no está en ninguna parte. Con su afán por disimular la realidad, Manuel se niega a que Roberto asista a la dispersión de las cenizas desde el malecón de la Punta Negra. «Siempre han ido los niños a los entierros», le digo yo, «no creo que sea bueno ese afán por ocultárselo todo.» Él me responde que no está convencido de que a Roberto le ayude gran cosa saber que su tía es un puñado de polvo metido en una caja que se puede coger con una mano. Yo se lo discuto casi por compromiso, porque pienso que es probable que tenga razón, puesto que a mí mismo me resulta casi imposible aceptar que ella ya no está en ninguna parte, que se ha esfumado como un personaje de novela de misterio. No ayuda nada a soportar la ausencia esa imposibilidad de poner el cadáver en algún sitio del mundo para que los recuerdos vayan edificando el día siguiente.

No hay lápida en la que sentarse, para charlar de vez en cuando y tener la impresión de que ella te escucha, no hay un jarrón en el que colocar flores y pensar que ella ve por algún misterioso agujero esas flores, o que percibe su perfume a través de la tierra. Me siento en las rodillas a Roberto y le aprieto los brazos, y me echo a llorar, y él me mira desconcertado. Lo toco a él porque es del único modo que pienso que a ella va a llegarle alguna vibración. O no, simplemente, me aferro a Roberto porque no sé qué hacer.

Voy de caza. El humo de la pólvora me limpia los pulmones. Las madrugadas frías. Toco a los perros, que se retuercen agradecidos bajo la presión de mis dedos. El batidor enciende fuego, prepara migas y café. Es curioso, pero desde la muerte de Julia, la caza me parece un ejercicio purificador. Es como si me pusiera en comunicación con ella. Acaricio a los animales que acabo de matar, y su rescoldo de calor es un puente entre la muerte y la vida y, sintiéndolo, siento algo así como la punta de los dedos de Julia.

Eva se acerca a mí y me pasa la mano por la cabeza. Dice: «Nos ha dejado.» Yo me levanto, enciendo un cigarrillo, a pesar de que el médico me ha prohibido que fume, y me paseo por el salón. Ahora la casa está tranquila. No hay visi-

tas, ni compromisos. Eva lee en el cenador. Detrás de las tapias y de las copas de los árboles el rumor de Madrid me parece lejano. Una tarde le digo que quiero volver durante algún tiempo a Misent. Ya va siendo hora de que otros se ocupen de las empresas. No son buenos momentos. Franco ha muerto un par de años antes y la inseguridad se apodera del país. Me duele esa inseguridad, la fragilidad que se manifiesta en los negocios, en la política, como un espejo de la que nos muestra la propia vida. Me duele, pero descubro que ya no me preocupa. Aceptada la fragilidad, lo único que queda es la resignación.

Vuelvo solo a Misent. Después de muchos años, visito el cementerio. Hace tiempo adquirimos un panteón familiar en el que están enterrados mis padres y los de Eva: el señor y el contable a un palmo el uno del otro. «Familia Císcar-Romeu», reza la inscripción. El apellido del contable va el primero. Les pongo flores y pienso: «Está bien que tu hijo venga a ponerte flores», pero al mismo tiempo noto una sensación de desagrado. No creo que a mi padre le gustara la idea de descansar durante siglos junto a don Vicente Romeu, aunque también pienso en la fragilidad de los tiempos: ahora las cosas van deprisa y quizá no pasarán tantos años juntos. Ni siquiera los cementerios son

seguros, sometidos al crecimiento de las ciudades. Me da por pensar esa tarde que es posible que la pobre Julia tuviera razón: mejor el fuego y el agua que ese silencio húmedo del panteón, ese pudridero inútil.

En Misent no frecuento a los viejos amigos. De vez en cuando salgo a cenar solo en alguno de los restaurantes de la costa. Como es temporada baja, no resulta raro que sea el único comensal. Me siento en la butaca de cuero y paso mucho tiempo mirando el mar, el jardín descuidado en el invierno. Hago pequeñas excursiones a los alrededores. Voy a la lonja, donde asisto a la llegada y subasta del pescado. Miro la Punta Negra y pienso que sigue almacenando secretos a los que ya nunca tendré acceso. Eva pasaba muchas horas allí. Julia se quedó para siempre. La Punta Negra me desazona, el agua metiéndose entre las rocas, con un ruido ronco, como de asfixia.

Cuando paso por Madrid, Eva se queja de una ciudad cada vez más insegura y ruidosa. «Me cansa», se lamenta, aunque luego empiece a hablarme muy excitada de las películas que ha visto, de las exposiciones a las que ha acudido, de la música que ha escuchado. En uno de los viajes me muestra un cuadro que acaba de adquirir: una tela casi abstracta, una playa vista a ras de suelo y en la que sólo en algunos trechos

pueden distinguirse unas pinceladas marinas entre las dunas y las matas secas. «Fíjate en las texturas», me dice, «parece como si pudieras abrir la mano y dejar que la arena te resbalase entre los dedos. Es muy sensual.» Pero yo me fijo en la firma: Bello. Me hace daño.

El cuadro está aún colgado en el cenador. Parece que filtrara el agua de la piscina y la convirtiese en agua marina. Es como un reflejo de esa agua que, con los primeros días del otoño, ha empezado a llenarse de hojas marchitas, un espejo deformante que la altera, que busca por debajo de lo que se advierte a simple vista otras materias, secretos que sólo se les revelan a algunos. Si no lo he quitado, ha sido por pudor, porque el acto de descolgarlo no podría interpretarlo yo mismo más que como una manifestación de rencor.

Hace unos meses, Roberto me pidió que se lo regalara. Le dije que no: «Si te lo regalo, lo perderás. A los cuatro días lo habrás vendido para meter el dinero en alguno de tus negocios ruinosos.» Se echó a reír. Sabe que puede pedirme cuanto quiera. A estas alturas no me importa demasiado que derroche el dinero. Para eso está. Me gustaría, eso sí, que tuviera suerte en algo de lo que emprendiese, pero no es ése su sino, o el sino de los tiempos. Ha sido representante de grupos musicales, ha abierto un par de

pubs en sociedad con amigos, y siempre le ha ido mal.

«Claro, es un recuerdo de la abuela», razonó cuando me negué a regalarle el cuadro. Pensé que se equivocaba: el cuadro me molesta, pero soy incapaz de tocarlo. Cualquiera que sea el destino que le dé, la venta, el obsequio, o la destrucción, me pondrá en el papel de intermediario.

Los egipcios enterraban a los muertos rodeados por los objetos que habían significado algo en su vida, y creo que también lo hacían así los mayas y los chinos: quiero decir que es buena cosa, para librarse de la desolación que dejan en nosotros los que se van, para cerrar las heridas que dejan abiertas. Roberto dijo: «es un recuerdo de la abuela», y yo he escrito que se equivocaba. Pero no. Al escribirlo he ido dándome cuenta de que tenía razón.

Hay algo en Roberto que me recuerda a mí: su forma de mirar las cosas de cara, su enorme vitalidad que lo lleva a moverse continuamente de un sitio a otro, de un negocio a otro, y sin embargo, también hay algo en él en extremo frágil, porque mientras que yo sí que poseía capacidad y energías para cargar con las responsabilidades de cuanto ponía en marcha, él parece que te tiembla ante los ojos. Es ligero, inestable. Cuando lo miras parece como si estu-

vieras ante un globo siempre a punto de escaparse por el aire, o de estallar. Ha heredado mi carácter, mi falta de orgullo, que era también lo que definía a Julia, pero sin su consistencia, sin su soporte, a lo mejor porque no necesitó curtirse: porque no necesitó nunca nada.

Me invita a comer en un buen restaurante, paga la factura y sé que, a la salida del local, tengo que alargarle una suma diez veces superior a la que él acaba de abonar. Y no es que me invite con el espíritu de quien jugara en una ruleta trucada, sino que existe cierta desconexión entre sus actos, que se cierran en sí mismos, y un acto es el de invitarme, y otro, que nada tiene que ver con el anterior, el hecho de que, una vez más, se encuentra mal de lo que llama, bromeando, «liquidez».

Manuel siente celos de él. «Pero, papá, no le des ni un céntimo», me dice, «a Julia y a mí no nos trataste con esa generosidad. ¿No ves que lo acostumbras mal?» También Ramón parece tenerle celos, porque, con su presencia, rompe esa especie de dominio silencioso que ejerce sobre la casa. Cuando Roberto viene a verme, últimamente con menos frecuencia, Ramón acecha, entra en el salón o en el comedor con cualquier excusa, y camina por la casa con pasos de gato. ¿Quién sabe lo que guarda en su misteriosa cabeza? Me protege como un tacitur-

no perro guardián. Se le anima el gesto si me ve comer con satisfacción, o si le digo que la mañana está hermosa, pero arruga la nariz y aguza la mirada en cuanto alguien viene a quebrar el apacible ritmo cotidiano de lo que él llama en tono solemne «la casa».

Me desazona, porque después de los años que llevamos juntos, sigo sin conocerlo: de él sólo sé su ritual de orden, que interpreto como una permanente demostración de fidelidad, que a mí no deja a veces de incomodarme, como puede desagradar el contacto con la lengua de un gato. Él, sin embargo, parece comunicarse conmigo por un transmisor oculto: adivina mis secretos deseos, mis necesidades, lo que me conviene y lo que no, y lo hace con una seguridad que llega a parecerme impúdica.

Siento curiosidad por saber cómo disciplina su soledad, si la vive como una carencia o como un reposo. Me hice esa pregunta la otra noche, porque me pareció oír voces en la buhardilla, como si se tratase de una discusión. Estuve a punto de levantarme de la cama para ver si ocurría algo extraño, aunque luego pensé lo más lógico: que Ramón debía de soñar en voz alta. Anoche, aunque amortiguado, volví a escuchar el sonido de su voz.

No sé por qué me extraña, si yo mismo me encuentro con frecuencia hablando solo y tam-

bién lo hago en sueños. Eva me decía que había noches en las que tenía que mudarse de habitación porque yo no la dejaba dormir con mis monólogos nocturnos. Más adelante, y ya sin un motivo concreto, empezamos a acostarnos en habitaciones separadas. Cuestión de comodidad, o de hastío, que viene a ser lo mismo.

Lo de hablar a solas despierto es más reciente. El propio Ramón me ha sorprendido en varias ocasiones pensando en voz alta. «Creí que me llamaba», se ha disculpado cuando ha abierto sin permiso la puerta del salón o la de mi cuarto, y entonces yo me he dado cuenta de que reflexionaba en un tono de voz bastante elevado y he sentido vergüenza. No sé si es fruto de la soledad o de la vejez: probablemente un poco de cada cosa.

También Ramón tiene que sentirse solo en la casa, aunque viendo su comportamiento no se diría que desee otra cosa. Ya en los primeros recuerdos que guardo de él aparece como un tipo taciturno. Vuelvo a verlo la primera mañana en que lo conocí, emergiendo por sorpresa en el bosque de hayas cuando yo esperaba que el batidor llegase por el camino. Me asustó. «Me envía el del bar», me dijo, «porque le ha salido un compromiso que no puede dejar. Le prometo que no tendrá usted queja.»

Después, el recuerdo de otros días: sus pier-

nas robustas ascendiendo la ladera del monte por delante de mí, sus manos apartando la maleza para que no me hieran las ramas, su habilidad para encender el fuego, el cuidado con el que preparaba el café, los gritos cortos con que mandaba a los perros y la precisión con que los animales ejecutaban lo que él quería darles a entender con esos gritos.

No tuve queja ni ese día ni los que siguieron. Continúo sin tener queja, aunque hay algo que me inquieta: es como si no fuera una sola persona, como si bajo la solidez de su cuerpo hubiera un espíritu delicado y sus músculos duros tuvieran un aceite suavizante que los impregnara. A veces he llegado a pensar si no tendrá un fondo homosexual. No, no es que desconfíe de él, lo que me preocupa es el origen de su tozuda fidelidad, cuál es la parte autoritaria de mí ante la que se inclina como los galgos se inclinaban ante un gesto suyo.

Vuelve el recuerdo. Hay una niebla espesa y las ramas de los árboles están rodeadas por una manopla de hielo. Las botas silban al separarse del suelo. Los galgos corren algunos metros por delante de él y él delante de mí. No hago ningún movimiento brusco, es sólo un paso en falso, pero resulta suficiente para que, aún no sé de qué modo, acabe resbalando y rodando por un pequeño talud. En cuanto advierte el accidente,

Ramón salta junto a mí. Casi noto al mismo tiempo la caída y su presencia. Cuando abro los ojos, veo su cara.

Intento levantarme con su ayuda, pero no lo consigo. He caído de lado y la pierna pende como muerta, aunque el dolor inicial del golpe desaparece lentamente. «No hay que dejar que se enfríe», dice él, «sería peor.» Le pido que acuda al pueblo en busca de ayuda, pero se niega. «Cójase del cuello», me ordena. Y durante tres largas horas escucho el silbido de sus botas sobre la tierra helada, noto el sudor de su nuca en mi cara, oigo su respiración jadeante como si sustituyera a la mía, y pienso: «Sus piernas son las mías, sus pulmones son los míos, suda por mí», y siento vergüenza de verme así llevado, inútil, y también una inmensa gratitud. Es la primera vez desde los lejanos tiempos de mi infancia en que el roce con otra piel, y el sudor, y el ritmo de la respiración que se transmite en el estrecho contacto de los cuerpos no nacen de un impulso sexual.

De vez en cuando se detiene, y en cada parada se carga con una nueva culpa. Vuelve su cara sudorosa y me pide disculpas, como si tuviera miedo de mí: «No se preocupe, llegamos enseguida.» Cuando habla se le escapa el aliento y forma pequeñas columnas de humo. Se le oye la respiración como se oye la de una estufa. Y

de nuevo emprendemos la marcha. Si, después de tomar un sorbo de coñac de la petaca, se la tiendo a él, la mira con sorpresa, y la rechaza, como si la sumisión le impidiera acercar los labios al lugar en el que yo los he puesto. Le insisto, y entonces levanta la petaca en el aire y deja caer sobre la boca unas gotas, pero desde muy arriba, sin rozar el borde.

A medida que avanzamos, se le vuelve más penosa la respiración, pero en ningún momento se me ocurre pensar que pueda vencerlo la fatiga. Sus pasos repiten el ritmo de una mano que mece una cuna y yo me adormezco. Ha empezado a llover, me ayuda a ponerme la capucha, y vuelve a cargarme sobre sus espaldas. Mientras avanzamos bajo la lluvia, en medio del bosque que el invierno ha convertido en una monótona sucesión de ramas secas, me parece que dentro de mí no queda más calor que el que me transmite su nuca. Luego está sentado a mi lado en la ambulancia que me traslada al hospital y miro sus ojos y no soy capaz de leer nada en ellos.

Diez años más tarde se ha convertido en mi única compañía y me descubro escribiendo acerca de él en la madrugada. Escribo acerca de Ramón y también acerca de Roberto, a quien he visto nacer y crecer, pero a quien tampoco sé si conozco. A veces, su sonrisa me recuerda a la de la pobre Julia y entonces su cariño me parece un vaso tan frágil que temo usarlo en exceso, no vaya a quebrarse. Lo que decía mi suego: «Uno se pasa la primera parte de la vida vistiéndose y la segunda desnudándose.» Ahora, mi desnudez es casi completa: quedan sólo los jirones de la memoria enredándose entre las piernas y estos afectos y desafectos recientes, pasiones de última hora —Roberto, Ramón— en un viejo que cubre con ellas cuanto le importó de verdad. El abandono de Eva. Aquella bola dura dentro de su pecho.

Mi mano es rugosa, áspera y de color oscu-

ro; su pecho era blanco y frágil, recorrido por invisibles venas azules. Tuve ganas de besárselo. Pero ella sonrió como si también el tumor fuera un invitado que exigiese buenos modales, cierta irónica distancia que yo hubiera estado a punto de romper con un gesto desmesurado. No quiso que la acompañara al hospital cuando le hicieron la biopsia. «¿Para qué?», dijo, «yo te llamo en cuanto termine.»

Me quedé sentado en el sofá durante largo rato y, luego, al pasar ante la puerta de su habitación, me fijé por si aún tuviera la luz encendida y, en ese caso, entrar con cualquier excusa. Ya la había apagado. Aquella noche fui incapaz de conciliar el sueño. Di vueltas en la cama, hasta que me convencí de que el sueño no iba a llegarme y encendí la lámpara de la mesilla e intenté leer. No pude fijar mi atención sobre la letra impresa. Acabé levantándome para ir en busca del paquete de cigarrillos que siempre guardaba escondido para los momentos de urgencia.

Me fumé un pitillo tras otro. En el silencio de la noche, la luz de la mesilla había empezado a poner en marcha los recuerdos de cuarenta años de vida que no sé si me atrevo a llamar en común, pero sí con una complementariedad que en aquellos momentos me parecía imprescindible: los dos extremos de una cuerda pue-

den estar muy alejados, pero son la misma cuerda. Deseaba que volviera atrás el tiempo y exprimirlo de otra manera: conocerla de nuevo, llevarla conmigo a Madrid por primera vez, volver a bailar con ella con la alegría de nuestra juventud y, en este intento, no equivocarme en nada, nunca.

No soportaba ni la luz ni la oscuridad. En ambos casos los recuerdos se movían libremente y me reclamaban los minutos perdidos, los gestos interrumpidos. Me cubrí la cara con la almohada y me asaltó la imagen de mi padre sentado a oscuras en el comedor, y era como si mi dolor fuese herencia del suyo, como lo es la forma de mis manos o la distribución del pelo en mi cabeza.

El día en que le dieron los resultados de la biopsia no subió a la oficina. Telefoneó desde una cafetería cercana y me pidió que bajase a reunirme con ella. Me esperaba sentada en una de las mesas más alejadas de la puerta y discutía con Beltrán en voz baja, de un modo que me pareció tenso. Al verme, se callaron. Beltrán se levantó y me tendió la mano, ella se quedó sentada. Me pareció que formaban un matrimonio lleno de complicidades y secretos y que yo cumplía el papel de invitado. Me desagradó esa sensación, que se volvió intrascendente en cuanto ella dijo: «Lo que nos imaginábamos.»

Torció la boca con una sonrisa: «No puedes figurarte lo rara que te sientes cuando lees en un papel que eres la protagonista de un cáncer.»

Beltrán fumaba. Le dejó que me explicase algunos detalles y, sólo cuando hubo concluido, dijo: «No te acabes de creer lo que Eva te cuenta. Por suerte, hemos cogido el mal a tiempo (dijo «el mal»). Hay que extirpar, luego dar algunas sesiones de quimioterapia y asunto concluido. Un tumor (creo que él dijo tumor y no cáncer) de mama ya no es un enemigo invencible para la medicina.»

Dijo más o menos eso. Yo ya no lo escuchaba. Había empezado a sentirme aturdido. Por un momento tuve la impresión de que se iniciaba la cuenta atrás; luego, al verlos a los dos, cuando Beltrán acercó el encendedor a la punta del cigarrillo de ella, pensé que la pérdida era como el recuerdo de una vida ya concluida. Manuel hubiera escrito acerca de las inflexiones del desamor.

Beltrán se despidió y nos dejó solos. La vi buscar el encendedor dentro del bolso y fumar-se otro cigarrillo. No me había dado cuenta de que había consumido el anterior, pero la colilla estaba allí, en el cenicero, con la marca roja de sus labios en el filtro. Sentí deseos de apresarle las manos y dejarlas entre las mías: aquellas

manos frágiles que tenían que haberme pedido piedad y que guardaban indiferentes el paquete de tabaco y el encendedor como si el dolor ocupara otros miembros y las dejara a ellas en libertad para seguir haciéndome el daño de lo ajeno. No supe qué hacer. De repente era como si tuviera que aprender desde el principio los sentimientos y los gestos que ponen en marcha. Metí la mano entre las volutas de humo del cigarrillo y le rocé la cara. Quise decirle: «¿Tienes miedo?», pero me quedé mirándola.

A veces paso el dedo pulgar por encima de alguna de las fotografías en las que aparece y siento que así le transmito algo cercano a la vida. Sí, es cierto, las fotografías guardan, como las presas recién cobradas, un rescoldo de calor. Paso el pulgar sobre ellas, las toco, y siento que me pongo en contacto con quienes ya no están, y ese contacto me proporciona un consuelo indefinido. Sin embargo, el retrato del pasillo, con el collar de platino reluciendo sobre la blancura del cuello de Eva, me daña la vista: es su cuerpo saliendo de otras manos; su cuerpo entre las manos de otro. Beltrán. El pintor Bello. En ese retrato, Eva conserva su capacidad para mirar hacia otra parte, hacia fuera. Y en mis pensamientos opongo la dócil serenidad de las cartulinas guardadas en el cajón, su certeza inmóvil de permanente verdad, a la imposible seguridad de lo que aún está vivo.

También Ramón adquiere a veces, por alguna reflexión de la luz sobre sus rasgos, o por algún cambio inesperado en el tono de su voz, la falta de certeza que posee lo ajeno, lo desconocido, lo vivo. Y eso aun a pesar de su tremenda identidad consigo mismo: me sirve la cena, siempre silencioso y cortés, y luego se queda durante un buen rato arreglando la cocina, mientras yo escucho la radio. A las once, me acompaña a la habitación, me ayuda a desnudarme y a bañarme y se despide de mí hasta el día siguiente. A medida que sus pasos se pierden en el pasillo, cae el silencio sobre la casa y ocupa las habitaciones, en las que sólo se oye el crujido de los muebles y el de las ramas de los árboles que el viento mueve en el exterior, hasta que, ya muy tarde, algunas noches se escuchan los sonidos que emite durante sus pesadillas. En alguna parte he leído u oído que ese tipo de sueños agitados son con frecuencia fruto de pesadas digestiones, aunque también puedan responder a alguna angustia íntima.

Durante las horas de la noche, escribo sentado en la cama, y en no pocas ocasiones me pregunto para qué me impongo una disciplina que no me resulta fácil: es lo mismo que preguntarme quién es el destinatario de mi esfuerzo. Se me ha llegado a pasar por la cabeza que debería ordenar estos papeles y guardarlos en

un sobre a nombre de Roberto, porque lo siento como una prolongación de mí mismo, aunque en ciertos instantes me invada la sospecha de que apenas si lo conozco y ese sentimiento consiga que me procure escaso consuelo saber que, al escribir, mis palabras no caen en un pozo, como las que pronuncia Ramón en la soledad de la buhardilla, sino que se quedan vagando en el paisaje nevado de estas páginas igual que animales en un coto donde muy pronto sonarán los disparos del cazador. ¿Quién notará entre los dedos el rescoldo de calor de la pieza cobrada?

Encima del tocador de la habitación hay un jarrón con flores que hoy atraen mi atención porque Ramón, siempre tan cuidadoso, se ha olvidado de cambiarlas y los pétalos han empezado a caer sobre la superficie del mueble. El espejo lo refleja, iluminado de refilón por la lámpara con la que me alumbro, pero también refleja por detrás del jarrón una informe masa de sombras. Algo parece agazaparse en ellas y vigilarme. Mientras escribo, veo de soslayo esas sombras y me pregunto cómo llegará. ¿Vendrá de noche? ¿Lo hará en pleno día? ¿Será rápido, o irá cercándome lentamente, complacido en mi degradación? ¿Llegará aquí, a esta misma cama, o me buscará en una habitación de hospital? Miro el reloj: son las dos de la madrugada.

Aún queda mucho rato para que amanezca. Qué largas se hacen estas noches de invierno. Si aparto las cortinas, veo un cielo opaco, sin estrellas. Y cuando Ramón se calla, no se oye nada.

*Valverde de Burguillos (Badajoz),
mayo de 1992-noviembre de 1993*